

“Cartas de Prisionero,” de Floridor Pérez

POR ARMANDO URIBE ARCE

Aunque en la página 33 de su reciente libro “Cartas de Prisionero”, asegure que no es “ave que canta en jaula”, cantó y contó en él su espera y su esperanza, en cartas a su mujer; misivas de sílabas contadas por sujetos de uniforme en la prisión de Los Angeles, “fuegos artificiales iluminan la celda”; en la Isla Quiriquina, “¡Quiriquina al alba de los gallos/ los interrogadores/ ¿a quién harán cantar/ con su piel de gallina?” y más tarde en la relegación en Combarbalá.

Le han tocado en su vida a Floridor lugares que suenan como campanas y campanillas chilenas, pero de luto. ¿No vivió largos años, quince, “de exilio en Mortandad”?

Hay, por detrás o adentro de lo político, más que nada amor, compasión y hasta —o sin hasta— espíritu evangélico.

Lo del amor domina. Son cartas a alguien que tiene nombre y apellidos, “coautora de textos”, ya que hay entre comillas fragmentos de cartas de Natacha a su amor “enjaulado”:

Carta de Natacha, 1

“amor

me vas a perdonar
no haberte contestado antes”

No. No la voy a perdonar.

“amor, no te imaginas
cuánto he sufrido
con esta separación”

Sí. Sí me imagino.

Y dice en otra “carta de prisionero”, manuscrita en atroz formulario de regimiento: “¡Infeliz año nuevo sin tí, amor!”, que en poema se lee: “Son las doce de la noche sin tí: ¡infeliz año nuevo!”

La compasión se dirige a víctimas de peor suerte que el prisionero mismo. Dos poemas extraordinarios, “In memoriam” (a un campesino de Mulchén) y “La partida inconclusa”, muestran una “pietas” (que es distinta a la simple piedad en castellano) varonil y viril ante la asunción de la muerte injusta por dos justos del pueblo, que casi no tiene parangón en la poesía y prosa que uno haya leído en Chile en estos más de 16 años.

Dije “pietas”, de los romanos, y ahora voy a ir a lo bíblico de latinos y hebreos en esta poesía. Es de Nuevo Testamento. La niñez de Floridor, cuenta él mismo estuvo marcada por una abuela evangélica. Por eso es que puede hablar de Cristo nombrándolo y aun sin nombrarlo. Hay en este libro un poema de muy alta religión:

SEMBRARON AL SEMBRADOR

Azada en mano

a la hora del sueño del huerto.

La sombra agobia al limonero.

Insomne el huerto siéntese roer.

Oye pasos dispares, disparos.

No duerme para siempre:

despierta limonero

aquí

d o n d e

yace

(pero esta última frase dentro de una cruz).

Y en “Hombres de poca fe” (Mateo 26,28) junta política, compasión y religión de un modo que ya se lo quisiera el más Padre de las Iglesias. Lo hace a la vez recurriendo en parte a un género que ha sido el suyo desde que comenzó a escribir poesías: el epigrama.

Floridor Pérez siempre ha sido un hombre manso de corazón pero agudo de lengua. No llega a la sátira brutal, porque no es de su naturaleza, pero muchas de sus líneas dejan ronchas, como en su “Reconciliación según San Mateo” dedicada al teniente K., o mejor dicho a su mano “diestra”. Tiempo después/ —noticia siniestra—/ con una granada/ se voló la diestra. “Pero como buen epigramático chileno se clava también a sí mismo

Comunicado del incomunicado

No teman: el fracaso

es la única situación

que sé afrontar con éxito.

Incluso una elegía a Neruda (de lo mejor que la muerte de ese gran de ha engendrado en nuestro país) se le vuelve al final epigrama: “Pienso pedir un minuto de silencio/ pero tardo horas y horas en sacar la voz”.

Y a fin de cuentas, a este poeta que no se toma en cuenta mayormente, ni se las saca, que no tiene “sueños de grandeza ni pesadillas de inferioridad”, pero que cree en su obligación ética literaria, lo que le importa es el amor, en su tierra y su mar, llenos de gente viva y con memoria de las gentes muertas; él es “el amante ideal, heroico;/ el patriota que muere por la amada”, cuando “la patria huele a flores de manzano”, según sus “Pronósticos de septiembre”.

Con esta edición definitiva (la primera apareció en México) “Cartas de prisionero”, brota como el fruto de un tiempo vaticinado en sus páginas:

Allá no miento

Recorren mis libros como un campo minado

saben que un poema puede ser explosivo

pero ignoran que el detonante es el lector

Bayonetean tu jardín, cavan el huerto

pero sólo hallan raíces, semillas que florecerán cuando se vayan.